



La verdad no
termina nunca **Sergi**
Doria

DESTINO

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a con-
tenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Alfredo es un joven en la Barcelona de los años 50, huérfano de padre, y con una madre que vive sumida en un silencio vital y su dedicación a la costura. Alfredo poco o nada conoce de cómo se conocieron sus padres y todavía menos del porqué ella no quiere regresar a aquel entonces para explicarle quién fue. Muchos son los secretos que envuelven el rostro triste de esta mujer.

Pero la curiosidad por conocer las raíces es imparable y el destino llevará a Alfredo por un lado a investigar una serie de personajes que vivieron en los años 30, la misma época en que sus padres se conocieron, y, por otro lado, a entablar relación con la hija de una de las familias más acomodadas de la ciudad. La familia Queralt le descubrirá la figura valiente y comprometida de su madre en unos tiempos en los que las mujeres de clase trabajadora eran figuras invisibles para la sociedad, y le ayudarán a entender por qué lo ha protegido hasta ahora de la verdad.

Una historia emocionante que nos permite viajar a las décadas de los años 30 a los 50, unos años clave en la historia de nuestro país, y hacer un recorrido por el silencio de la posguerra, la explosión del arte de los años 20, el surgi-

miento del estraperlo, el mundo del periodismo y los ambientes de las orquestas y el cabaret.

La verdad
no termina
nunca

Sergi
Doria

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1438

*A mi padre, Vicente Doria, por mantener viva
la llama de la esperanza sin renunciar a la ironía*

1

Me acabo de mirar en el espejo. Soy rubio, casi panocha, y las lentes de rojizo carey enmarcan el azul de mis ojos. En este país de gente morena y bajita me toman por extranjero. En el colegio siempre decían que me hacía el sueco porque con la cara pagaba. Estamos en 1956 y lo extranjero sigue sin estar bien visto en España. Por eso, cuando veo a alguien con cabello rubio y ojos azules le sigo la pista...

Ese alguien ha de ser un varón y tener, más o menos, unos cincuenta años bien cumplidos.

La mirada nunca descansa. Se pasea por los andenes del metro, los vestíbulos de los cines y teatros, las mesas de lectura de la biblioteca... Hoy, por fin, he tomado una decisión arriesgada; cada semana, permaneceré un buen rato frente a la cárcel Modelo. Observaré a los familiares de los presos. Escutaré las «lecheras» de los grises. Me acercaré, incluso, hasta el mismo umbral y, si hay suerte, tal vez pueda atrapar el momento en el que el preso esposado baja del coche celular rumbo a su cautiverio.

En este crudo invierno con temperaturas bajo cero —dicen que una ola polar está asolando Europa— hacer esto a media tarde, cuando se avista el crepúsculo, puede sonar a temerario. No tanto porque la policía me eche el ojo y me tome por un compinche de los reclusos, sino porque hace un frío que pela.

Andaba yo pensando si no era muy arriesgado añadir a mis investigaciones esta modalidad de inspección carcelaria. He atravesado el Ensanche en diagonal lanzando boca-

nadas de humo como si fuera una locomotora humana, aunque a velocidad menguante.

Aquí me tienen. Frente a la Modelo.

Después de media hora larga de patear el suelo para no congelarme, parece que tendré suerte... Se abre el portallón y los guardias dejan la vía expedita a un hombre alto y rubio.

Lo veo entrar en uno de los bares cercanos a la cárcel. El tiempo no está para largos paseos. Le sigo los pasos y me quedo observándolo a través de los cristales que se empañan a medida que arrecia la humedad vespertina. Se ha sentado en uno de los taburetes. Pide un carajillo de coñac.

Si entrara en el bar, no podría tomar nada; llevo poco dinero en el bolsillo y el poco que llevo es por si he de coger el tranvía. Con lo que ella cose, a duras penas llegamos a fin de mes y, aunque he empezado a trabajar, todavía no he cobrado mi primer sueldo.

El hombre saca un paquete de caldo de gallina y lía un cigarro... Su expresión fatigada da a entender que es un perdedor: ¿de la guerra?, ¿de la vida? Un apestado que acaba de salir de la cárcel y está más solo que la una.

Solo yo esperaba que saliera de prisión alguien como él. Seguro que ha pasado años intentando comprender el porqué de su reclusión. ¡Atención! El hombre ha apurado el carajillo y el cigarro; suelta una moneda sobre la barra y se dispone a dejar el bar...

Ha llegado el momento. No puedo fallar.

Le salgo al paso. Si le pregunto si estuvo en las Brigadas Internacionales va a pensar que soy un confidente de otra Brigada, la Brigada Social, dispuesto a seguir amargándole la vida.

Cambieemos de tercio.

—Perdone, ¿es usted español?

El hombre vuelve la cara con el temor de quien ha estado mucho tiempo vigilado. Me mira con los ojos muy abiertos, no contesta nada y aprieta el paso. Atraviesa la calle Entenza y mueve las manos con energía. Al otro lado de la calle, le saluda una mujer con un moño en forma de ensaimada. La pareja se funde en un prolongado abrazo. El eco de voces rebota en los muros de la Modelo.

—Me han *soltao* antes de la hora. He *toma*o algo en el bar. Con este frío... —dice él.

—Yo te espero lo que haga falta. ¡Qué seis meses más largos, pero ya los hemos *pasao*! —exclama la del moño acariciándole la mejilla.

El hombre se percata de que sigo ahí; levanta la mano y me dirige un gesto poco amistoso. Llama la atención de la mujer. Le señala donde yo me encuentro.

—¿Y a ese qué coño le pasa? ¡Me está tocando las narices desde que he salido del bar!

La mujer se une a sus quejas.

—¡Que te largues, pasmarote! —grita con voz aguardentosa.

El hombre hace ademán de volver a cruzar la calle con gesto agresivo y yo tomo las de Villadiego. Puedo oír sus comentarios a mis espaldas...

—¿Pero de dónde ha salido ese pavo? Va y me dice que si era español. ¡De Guadalajara y a mucha honra! ¡Estamos buenos!

—Como está en la acera de enfrente... ¡A ver si será un sarasa! —aventura la del moño.

Reflexiono mientras camino a paso vivo. Un día de estos vas a tener problemas. Ese hombre no es la persona que yo busco. Lo parecía, pero no es extranjero... Español y de Guadalajara. ¡Vaya chasco! Un pobre diablo que ha cumplido su pena de seis meses. Ni hablar de volver a la Mode-

lo... Al final me ficharán. O me tomarán por loco. O lo que ha dicho la tía esa: por maricón.

Otra pista perdida. Nada de acento, nada de preso político. Poca heroicidad y mucha chulería castiza.

Ese desgraciado no podía ser mi padre.

2

Cuando no soporto este micromundo en el que intento sobrevivir, me meto de cabeza en la Biblioteca Central de la calle del Carmen. Después del fiasco de mi investigación en la Modelo, espero tener más suerte con mi trabajo. Es el primer encargo para la Gran Enciclopedia Popular: preparar dos entradas, una sobre el pintor ruso Kandinski y otra sobre Alexandre Jean Louis Promio, el hombre que trajo a España el invento que los hermanos Lumière llamaron cinematógrafo.

Me temo que de nuevo estoy siguiendo la pista equivocada. Tengo sobre la mesa un manojito de apuntes agavillados de mala manera en una carpeta: los firma un tal Alejandro Promio que, al parecer, conoció a los dos personajes... Y que además tomó el nombre del operador. Ligada con un par de descoloridas cintas rojas, la carpeta debió de ser clasificada por error y atribuida al pionero del cine.

Si sigo por ese camino no voy a avanzar en mis pesquisas sobre monsieur Promio, el auténtico, el del cinematógrafo. Pregunto a la bibliotecaria si disponen de más documentos sobre el representante de los Lumière; con expresión de incomodidad y esa sequedad tan propia de las bibliotecarias me dice que ya me facilitó toda la documentación disponible; que lo consultará en la sala de reserva donde se ordenan los legados y donaciones privadas.

Habré de conformarme con el Promio de pega. El viento helado hace temblar los ventanales. Un rumor hipnótico que me deja con la mirada fija en los muros tatuados con